

Por Samuel F. Bemis, —————

de Yale University —————

LOS ESTADOS UNIDOS Y EL  
PROBLEMA DEL PACIFICO



ÁREA HISTÓRICA  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

En una conferencia por separado señalaré (he señalado) que la adquisición de las Islas Filipinas por los Estados Unidos, como resultado de la guerra con España, fué un gran error de política. Por medio de la Política de Puerta Abierta, y la defensa de la integridad de China, los Estados Unidos, en una región del mundo donde no tenían intereses vitales, se han colocado sin pensar lo a través del sendero del creciente Imperio del Japón, en el área del mundo que más invita a la conquista y expansión de aquel Imperio.

La adquisición de las Filipinas, fué lo que precipitó esta nueva desviación de ruta, tan contraria a la tradicional política extranjera de los Estados Unidos, tan en desacuerdo con el consejo del Padre de la patria, George Washington, de evitar embrollos extranjeros y complicaciones en la política internacional de Europa.

La posesión de las Filipinas llegó a ser tanto un activo como un pasivo al patrocinar la integridad de China y de la política de la Puerta Abierta. Fué activo en que dió la apariencia de una fuerza armada en la cercana donde los Estados Unidos podrían actuar en caso de una disputa, como en verdad lo hicieron cuando enviaron fuerzas de las Filipinas a cooperar contra el levantamiento Boxer en Pekín en 1900. Pero los Estados Unidos nunca han estado preparados para lograr la observancia de la política de la Puerta Abierta por otros medios que los pacíficos, ni a entrar en guerra para conservar la integridad de China, como es de suponerse habrían de ir a la guerra para conservar la integridad del nuevo mundo. Para lograr esto, como el Presidente Teodoro Roosevelt bien pronto descubrió se requería una fuerza igual a la marina británica más el ejército alemán, y todo ello desplegado y amparado a través del Océano más ancho del globo, en verdad, una tarea imposible en la misma naturaleza de las cosas. De modo que la proximidad de una base naval

en Manila en realidad no podía proteger la integridad de China, y la política de la Puerta Abierta en caso de un desafío mayor, serviría tanto como lo que una ligera cerca de madera pintada para poder detener a un automóvil. A veces, sin embargo, la existencia de una cerca endeble al borde de un precipicio da confianza al inocente conductor de un automóvil, quien no se aventuraría a correr lo largo del camino si no hubiese algo entre la orilla de la carretera y el abismo.

Las Filipinas pronto llegaron a ser un pasivo para la política del Lejano Oriente de los Estados Unidos más bien que el activo que se esperaba.

Durante el período entre la guerra ruso-japonesa y el principio de la guerra mundial, los Estados Unidos repetidamente encontraron deseable arreglar su posición *vis a vis* (cara a cara) con el Japón, en la cual habían sido arrastrados por la política del Lejano Oriente de John Hay. El primero de estos arreglos fué un acuerdo ejecutivo confidencial, el llamado memorandum Taft-Katsura, en julio de 1905, entre el Presidente Teodoro Roosevelt y el Gobierno japonés, en el cual el señor Roosevelt le concedía al Japón mano libre en Corea y Manchuria a cambio de una repudiación del Japón de cualquier designio agresivo en las Filipinas. Los Estados Unidos ya se habían compenetrado de estar en una posición de *do ut das*, a causa del riesgo estratégico implicado en la posesión de las Islas Filipinas. Esto fué complementado por el acuerdo Root-Takahira del 30 de noviembre de 1908, por medio del cual los Estados Unidos y el Japón declaraban: 1º. No estar afectados por ninguna tendencia agresiva en su política para mantener el «existente statu quo» en la región del Océano Pacífico; 2º. Estar resueltos a respetar las posesiones territoriales pertenecientes a cada uno de ellos en aquella región, y 3º. Estar «determinados a conservar por todos los medios pacíficos a su disposición la independencia e integridad de China y el principio de oportunidad igual para el comercio y la industria de todas las naciones en aquel imperio». El «existente statu quo, habrá de notarse, se refería solamente a las regiones del Océano Pacífico. Si eso quería decir Corea y China, fué un reconocimiento de las recientes extensiones de la protección japonesa en Corea y de los intereses especiales en China. Si la frase geográfica no incluía a Corea y China, entonces el Japón no había hecho promesa alguna dentro del acuerdo por nada más que la política de

la Puerta Abierta. De modo que esto fué una segunda concesión hecha al Japón a cambio del respeto japonés hacia las vulnerables Filipinas.

Este acuerdo se siguió al arreglo temporal del serio problema de inmigración entre el Japón y los Estados Unidos, que fué finiquitado por el llamado Pacto de Caballeros de 1907, no siendo un acuerdo en lo absoluto, sino una inteligencia no escrita: El Presidente Teodoro Roosevelt persuadió a la Junta de Educación de la ciudad de San Francisco que retirase su orden de segregar en las escuelas públicas a los niños de los japoneses inmigrantes, y el Japón a su vez prohibió la inmigración de sus súbditos a los Estados Unidos, exceptuando a los miembros de las familias que ya habían emigrado. Ante esta crisis se vislumbraba frecuentemente la guerra, y el Presidente Roosevelt tenía en mente la vulnerabilidad de las Islas Filipinas, que habían exaltado el tono de las expresiones japonesas.

La victoria del Japón sobre Rusia fué el segundo paso notable en su política expansionista, que comenzó con la guerra chino-japonesa, de 1895. La posición de los poderes occidentales en el Asia sirvió como barrera contra la expansión mayor del Japón entre 1900 y 1914. Por la tanto el Japón permaneció como patrocinador de la Política de la Puerta Abierta no solamente en su inteligencia con los Estados Unidos, sino en sus tratados con Rusia. En lo que suena como lenguaje irónico estos dos poderes, cuyos designios eran dominar la Manchuria, manifestaron, de labios, sus respetos al principio de la política de la Puerta Abierta y la integridad de China.

Solamente cuando la guerra mundial conmovió a Europa, se presentó la posibilidad para el Japón de una libertad comparativamente segura de continuar sus ambiciones por la dominación de China y el este de Asia y su litoral, el escalamiento necesario hacia su meta de ser la potencia más grande del mundo y el más poderoso de los pueblos imperiales. Gracias a las condiciones confusas y convulsas del occidente desde 1914, principalmente desde 1917 el Japón en dos décadas asombrosas ha dado pasos gigantescos hacia la que sus dirigentes lo contemplan como su oportunidad manifiesta y su destino manifiesto.

Por medio de la avenida abierta de la alianza anglo-japonesa el Japón entró en la guerra contra los poderes cen-

trales de Europa y se apoderó de las posesiones alemanas de Shantung y dividió con la Gran Bretaña, por la línea del Ecuador las Islas Alemanas del Pacífico. Por medio de sus conquistas de las Islas, y sus arreglos diplomáticos de 1915, con la Gran Bretaña, el Japón aseguró bases submarinas y aéreas potenciales entre las Islas Filipinas y los Estados Unidos, de este modo añadiendo el aislamiento de las Filipinas. En 1915, el Japón presentó sus notorias VEINTE Y UNA DEMANDAS, las cuales, si hubiesen sido aceptadas en su totalidad, hubieran impuesto un protectorado sobre China. Los Estados Unidos, único poder neutral occidental con intereses en el lejano oriente, cuyas manos estaban comparativamente libres, el único campeón restante del principio de la Puerta Abierta y de la integridad de China, hicieron que el Japón desistiera de sus propósitos y moderara sus demandas sobre China a algo menos que un protectorado completo, mientras los Estados Unidos en 1915 daban aviso de que no sancionarían ninguna violación de los derechos establecidos por Tratado o el principio de la Puerta Abierta. Al mismo tiempo el Secretario de Estado Bryan reconocía que, con respecto a Shantung, el sur de la Manchuria y el este del interior de Mongolia, «la contigüedad territorial creaba relaciones especiales entre el Japón y estos distritos».

Esta declaración fué un intento, en circunstancias tan favorables a la política del Japón en el Asia, por hacer racional en la parte de las arrolladoras demandas del Japón contra China con la política de Hay, en aquella parte del mundo, una política que ya no podía descansar sobre el equilibrio diplomático que había existido en el Lejano Oriente desde 1899 hasta 1914, una política por la cual el pueblo de los Estados Unidos sensatamente no pelearía. La nota Bryan de 1915, fué otro paso en la revocación de la política de Hay, un paso en orden de sucesión a aquellos pasos ya dados por los expansionistas originales pero faltos de perspicacia de 1898 incluyendo a Teodoro Roosevelt, quien como Presidente había celebrado la inteligencia Taft-Katsura de 1905, y el acuerdo Root-Takahira de 1908 con el Japón.

La entrada de los Estados Unidos en la guerra mundial en 1917 parecía al principio favorecer la expansión del Japón en el Asia. Esto significaba que las energías y el poder de la única otra gran potencia occidental con intereses en China —intereses espúreos, yo afirmo— estaban aho-

ra desviados completamente para combatir una guerra de primera clase en Europa. El Japón se aprovechó inmediatamente de este acontecimiento prometiendo a sus aliados europeos garantizar las ganancias japonesas en el Pacífico y en el continente del Asia. Luego, después, el Japón obtuvo de los Estados Unidos la fórmula ambigua del acuerdo Lansing-Ishii del 2 de noviembre de 1917, como una condición implícita de que el Japón continuase su cooperación en la guerra contra Alemania. Este acuerdo, mientras negaba cualquier intención de menoscabar la soberanía territorial o infringir la independencia de China y se declaraba otra vez por el principio de la Puerta Abierta, sin embargo admitía que «la propincuidad territorial creaba relaciones especiales entre los países, y, en consecuencia, el Gobierno de los Estados Unidos reconoce que el Japón tiene especiales intereses en China, particularmente en aquella parte en que sus posesiones están contiguas». Cuando el Japón proclamó este acuerdo en China, tradujo «intereses especiales» en los caracteres chinos como «intereses supremos», la palabra que él usó en la alianza anglo-japonesa en 1905, para describir la relación del Japón a Corea durante los cinco años entre la guerra ruso-japonesa y la anexión de Corea, Lansing negó que «interés especial» significaban más que las relaciones económicas ordinarias entre vecinos íntimos. Cada estadística tenía conciencia plena de haber recurrido a una fórmula ambigua que esperaba poder interpretar bajo ocasión más propicia en el futuro.

Durante la guerra, después del derrumbe de Rusia, los aliados europeos deseaban establecer otro frente oriental contra Alemania en el norte por medio de una intervención en Rusia, desde Arcángel en el norte, y de Siberia en el extremo este. Los ingleses y los franceses instaron a los Estados Unidos a que sancionaran la ocupación japonesa de Siberia para este propósito. Los Estados Unidos vacilaron. Deseaban aplicar hacia la paralizada Rusia la misma política que habían anunciado para la débil China: prometiendo las potencias observar la integridad territorial de Rusia hasta que su pueblo pudiese volver a recolectar su fuerza y su estabilidad política. Sin embargo la presión de la guerra en Europa, y las instancias de los Asociados en la guerra contra Alemania, indujeron a los Estados Unidos a unirse en una intervención en Rusia; en Arcángel, siguiendo las invi-

taciones ilusorias de los soviéticos quienes esperaban ese medio para impedir la ocupación alemana de Petrogrado; en la Siberia como medio de agrupar una ocupación japonesa, para la mejor protección de la futura soberanía rusa. El resultado en la Siberia fué mayor fricción que cooperación con el Japón. El Japón continuó la ocupación a continuación de la guerra mundial, por mucho tiempo después de que los otros beligerantes, incluyendo la división de tropas norteamericanas, se habían retirado. Parece haber sido el objetivo de la diplomacia japonesa aprovecharse del deseo de los Aliados de una intervención, y mantener la situación siberiana confusa para prolongar la intervención, solo por el Japón, cuando las otras potencias se retiraran.

La Guerra Mundial terminó con los aliados y las Potencias Asociadas del Occidente unidos en un lazo de amistad y poder militar entusiastas a pesar de los variados intereses. Después de la derrota de Alemania estos poderes podían mirar con menos preocupación los problemas del Lejano Oriente y del Pacífico y sus intereses que aún continuaban allí. Era evidente que una situación seria se estaba creando entre los Estados Unidos y el Japón, país que ahora consideraba a su viejo amigo como una potencia hostil, cuya diplomacia repetidas veces había sido un obstáculo en el camino de sus ambiciones expansionistas, primeramente y sin cesar en China, y luego en la Siberia; y cuyas leyes federales sobre ciudadanía y leyes de los Estados sobre la terratenencia le parecían incompatibles con el espíritu del pacto de Caballeros de 1917.

Los Estados Unidos en particular habían surgido de la guerra investidos de un gran poder militar, en realidad, prometía ser en breve el más grande poder naval, una vez que el programa de construcciones navales de 1916 se terminase. La Gran Bretaña y el Japón estaban ansiosos de ver a ese poder naval limitado hasta descender a los recursos de que ellos disponían. Si el Japón había de llegar a contradecir la política norteamericana a favor de la independencia y la integridad de China, y ahora por lo mismo en la Siberia se hacia imperativa una fuerza naval. En la forma en que los programas navales de las tres potencias progresaban entonces la más favorable relación del poder naval japonés al de los Estados Unidos era probable que se alcanzare en el año de 1933: después de este año el poder japo-

nés se quedaría atrás constantemente en su carrera por la construcción del armamento naval. El año de 1923 descolaba como una posible fecha para la guerra.

El fantasma de la crisis japonesa-norteamericana que se acercaba y que podía precipitar una guerra en el Pacífico dotó de cordura a los dominios británicos, contiguos en ese océano, los que tenían también su problema de inmigración oriental. ¿Cuál será la relación de los dominios, particularmente del Canadá, a tal guerra, tomando en cuenta el alcance silencioso y libre de la Alianza anglo-japonesa? Esta alianza había sido renovada por diez años en 1911 para quedar sujeta después de la década a la abrogación por cualquiera de las partes con un año de aviso previo.

Esta penosa situación de la Gran Bretaña entre los Estados Unidos y el Japón, en vista de una posible guerra japonesa-norteamericana del Pacífico fue la que condujo a la Conferencia de Washington de 1921-22. El Canadá puso muy en claro que no podía seguir con la alianza anglo-japonesa, en disputa con los Estados Unidos, en caso de tal guerra. Los Estados Unidos preparados para sobrepujar en la construcción de buques de guerra a las demás potencias en los mares, en realidad lo estaban haciendo ya bajo el proyecto de ley adoptado <sup>en 1916</sup> con el ojo puesto en los problemas de la neutralidad marítima y en la preparación general de los Estados Unidos, unos cuantos meses antes de su entrada en la guerra mundial.

La Conferencia de Washington, y los Tratados que allí se adoptaron, marcaron el punto decisivo en la rivalidad política y naval del Pacífico y en la historia del Lejano Oriente. Aún cuando estos Tratados son complicados y detallados en su expresión, es fácil y sencillo decir cuál era el valor de su alcance. Las principales potencias marítimas y del Pacífico (estas no incluían a la Alemania derrotada o a la Rusia paralizada) acordaron limitar su armamento naval y las fortificaciones insulares de tal modo que dejaban al Japón inexpugnable en el Lejano Oriente, y hacían imposible para cualquiera de las tres potencias (cuatro potencias, porque Francia fué incluida también) el acometer entre sí una guerra transoceánica a través del Pacífico, en tanto que ninguna estaba aliada con la otra. Para evitar alianzas entre los signatarios de Washington hubo un acuerdo entre la Gran Bretaña, el Japón, Francia y los Estados Unidos,

de consultar colectivamente cuando surgiese cualquier problema que comprometía el acuerdo con respecto al Pacífico o China. En la reducción del armamento, los Estados Unidos por su propia iniciativa abandonaron el lugar que iban a ocupar, la posición como la más grande potencia naval del mundo. Los Estados Unidos destruyeron 291.800 toneladas de buques de guerra, 43% completos, y 261.000 toneladas de cruceros, 16% completos. Las otras potencias destruyeron copias heleográficas en su mayor parte.

Al cambio de esta ventaja importante el Japón por su parte acordó evacuar Shantung, observar el principio de la Puerta Abierta y la integridad de China, así como la integridad de la Siberia, y convino en la abolición de la alianza anglo-japonesa a raíz de la ratificación de los Tratados de Washington. Al ratificar los Tratados de Washington se terminó también el acuerdo Lansing-Ishii. En el caso de China, esta promesa se hizo por escrito colectivamente con otras siete potencias, más China en el llamado Tratado de las Nueve Potencias. En el caso de la Siberia, quedó en promesas orales la evacuación, cuyas promesas fueron llevadas a cabo con lealtad en 1923. El Tratado de las Nueve Potencias (por adhesiones adicionales llegó a ser el Tratado de Catorce Potencias) fué de expectativa, más bien que retroactivo en su aplicación: con excepción del Tratado chino-japonés en lo que se refería a Shantung, no intervenía en la posición especial que el Japón se había establecido ya en China.

Es fácil ver que a través de toda la historia de la política norteamericana en China durante el siglo XX, las potencias occidentales, incluyendo a los Estados Unidos, junto con otras potencias occidentales, han tratado de cerrar el paso a la expansión japonesa en China. Las potencias europeas estaban allí, cada una en la esfera especial con base naval que había establecido en China, en un esfuerzo por evitar que la otra dominase a China. Los Estados Unidos estaban allí basados en la política de Hay, la cual había presentado para conservar el balance de poder en China, con el objeto de salvar a ese país de la división y la extinción. En el Japón había un arraigado sentimiento de que había sido principalmente el ingenio de la diplomacia norteamericana lo que había impedido aprovecharse en China y la Siberia de la gran oportunidad que le proporcionó la Guerra Mundial.

Este sentimiento de encono aumentó debido al resentimiento creado por el problema de inmigración y la legislación sobre la terratenencia anti-extranjera en los Estados Unidos.

El balance del poder en el Lejano Oriente alterado por la preocupación de las potencias occidentales durante la guerra mundial, se restableció en Washington en 1922, debido esencialmente a la iniciativa y el éxito temporal de la diplomacia norteamericana. De aquí en adelante este balance descansaba en la fe de que el Japón observaría los Tratados de Washington. En 1924 gran parte de la mejoría en la atmósfera de las relaciones japonesas-norteamericanas que habían sido evocadas por los Tratados de Washington, se disipó debido a la ley de inmigración de ese año, que prohibía a los asiáticos la entrada a los Estados Unidos en el futuro para residir allí permanentemente. Sin embargo, el triunfo de los aliados y de los Estados Unidos, el fuerte poder militar y naval con el cual surgieron de la guerra, así como la palabra ya empeñada del Japón en los Tratados de Washington, hizo que el Japón siguiera una política de lealtad observando estos Tratados de 1922, y no diese paso que perturbara el *statu-quo* y fuere la causa que las Cuatro Potencias Marítimas del Pacífico entraran en consulta.

Pudiera acusárseme de contradicción cuando digo que los Tratados de Washington constituyeron el punto decisivo en la historia del Pacífico y del Lejano Oriente, y al mismo tiempo es señalado que restablecieron un balance diplomático en el problema del Pacífico, dejando un poder militar y naval japonés preponderante en el Asia Oriental. Lo que creo que los historiadores del futuro interpretarán como un punto decisivo, y lo que la opinión norteamericana contemporánea parece ahora estar formulando como un punto de partida es esto: en Washington, en 1922, el peso del principio de la Puerta Abierta y de la independencia política e integral territorial de China, que los Estados Unidos habían declarado que sancionaban por *todos los medios pacíficos*, se trasladó de un hombro a ocho hombros, a los hombros de las ocho potencias con las cuales el Japón colectivamente se comprometió en el Tratado de las Nueve Potencias de 1922. Desde entonces ya no se necesita que sea de la incumbencia de los Estados Unidos mantener el principio de la Puerta Abierta o

la integridad de China, más que de cualquiera otra de las ocho potencias, y las otras cinco adicionales que se adhirieron al Tratado después. Si ninguna de éllas mostrase interés en alguna crisis, los Estados Unidos no necesitan mostrar ningún interés tampoco. Los intereses de los Estados Unidos en China son mucho menores que los de la Gran Bretaña, sin mencionar los del Japón. Solamente ahora empieza a comprender el pueblo norteamericano este punto de vista, principalmente cuando se dieron cuenta de que las bases erróneas de la política en el Lejano Oriente del Secretario de Estado Hay, política basada en un error ajeno a la política continental tradicional y sana de los Estados Unidos, error en una parte del mundo en la cual los Estados Unidos no tenían en realidad intereses vitales, al tomar posesión de un archipiélago transpacífico que ha sido desde el principio una responsabilidad estratégica.

Podemos designar la década de 1922 a 1932 en las relaciones internacionales del Pacífico como el periodo de Washington: el periodo en el cual el Japón se adhirió a una observancia fiel de los Tratados que las potencias habían dejado tan confiadamente bajo su poder predominante en el Asia Oriental. En Londres, en 1930, el Tratado de Washington para la limitación de los armamentos y las fortificaciones del Pacífico, se extendió hasta el 31 de diciembre de 1936, y tendía a limitar a las tres potencias, los Estados Unidos, la Gran Bretaña y el Japón, a acordar el tonelaje de otros buques además de los grandes acorazados, la única categoría que había sido limitada en tonelaje por el Tratado de Washington. La nueva limitación de armamentos en 1930 se extendía a los cruceros, caza-torpederos y submarinos armados con armas pesadas, con una proporción un poquito más alta para el Japón en estas últimas categorías, un poco más de la proporción de 5-5-3 que prevalecía para los grandes acorazados. Durante el periodo de Washington, el Japón construyó completamente hasta el límite del Tratado, llegó al fin del periodo, a la expiración de 1936 con una armada nueva. Los Estados Unidos, y en menor extensión, la Gran Bretaña, a medio construir, llegaron al fin del periodo del Tratado muy considerablemente bajo los límites del Tratado, con un gran porcentaje de tonelaje pasado de edad en sus flotas, en comparación con el nuevo y eficiente tonelaje del Japón. Por supuesto, un buque de guerra viejo comparado

con un buque de guerra nuevo del mismo tonelaje, es lo mismo que un automóvil viejo comparado con un automóvil nuevo del mismo peso. Se lo excede sin esperanza en velocidad, coraza, calibre y moda.

Durante este período de construcción a medias, el mundo de habla inglesa ha sido dominado por una ola de pacifismo, del cual por lo menos la Gran Bretaña ha sido sacudida rudamente por los acontecimientos que han descendido sobre el mundo internacional desde 1932, y por el cual los Estados Unidos todavía no han despertado.

Dos acontecimientos precipitaron al Japón a cambiar su política de cumplimiento de los Tratados de Washington, estos fueron: el surgimiento del nacionalismo chino y la Gran Crisis. Bajo la protección de los Tratados de Washington de 1922 China empezó inmediatamente una renovación moral y política bajo los impulsos nacionalistas que prometían, si así continuaban, regenerar aquella nación en tal forma que le darian dominio de su propio territorio y destino político, en una palabra, prometían obstruir los anhelados planes de expansión del Japón en ese Continente. Esta fué una amenaza vital a la estructura económica del Imperio Insular con su natalidad dilatada y su superestructura industrial. En el Japón se levantó una imperiosa demanda de detener esto. La construcción marítima a medias de las potencias anglo-sajonas en el período de Washington habían alterado grandemente sus relaciones con el oriente cuando llegó la Gran Crisis. Esta calamidad, agravada por las consecuencias políticas y económicas de la Guerra Mundial, paralizó los recursos económicos del Oeste. Esto contribuyó al derrumamiento de la democracia en Europa.

Las fuerzas rivales del comunismo y del fascismo aumentaron en tirantez de terrible tensión política y social en ese continente. Europa, otra vez al borde de una convulsión, y los Estados Unidos, absortos en los problemas políticos y económicos de la Gran Crisis, ya no estaban en posición de contradecir el avance del Japón, aún en violación abierta del Tratado de las Nueve Potencias, el Pacto de París y el Conveniente de la Liga de Naciones. En desafío de la Liga de Naciones y de los Estados Unidos, el Japón, de un gran paso cuarto de expansión, tomó posesión de las provincias de la Manchuria de China y las constituyó estado títere para su propia explotación. El Japón se retiró de la contenciosa

y políticamente dividida Liga de Naciones. Continuó adelante con su política de penetración adicional en China y del establecimiento de un protectorado sobre todo el territorio que pensaba poder digerir por el presente. El último gesto de los Estados Unidos para conservar la integridad de China y el principio de la Puerta Abierta fué la pacífica insinuación por medio de la cual el Secretario de Estado Stimson en 1932 aplicó el dictamen panamericano de 1928, mediante el cual se rehusa a reconocer los frutos de la Guerra, o de la fuerza sin declaración de guerra, como la acción del Japón contra China, o la de Italia contra Abisinia. No fué una Doctrina Stimson, como ha sido llamada por los publicistas; fué una doctrina Panamericana, primeramente articulada en la Conferencia Interamericana en Washington en 1889, recomendada con ahínco por el Brasil a la Segunda Conferencia de Paz de La Haya, en 1907, y formulada en 1928, en la Conferencia Jurídica de Washington, suplementaria a la Conferencia Interamericana de La Habana del mismo año. Esta doctrina panamericana fué después adoptada por la Liga de Naciones, por influencia de los más pequeños miembros de la Liga expresándose por sí mismo por medio de la Asamblea y a pesar de la falta de entusiasmo de Inglaterra.

El resultado de la doctrina panamericana entonces, como la aplicó el señor Stimson y la Liga de Naciones al asunto de Manchuria, ha sido aislar moralmente la acción del Japón en Manchuria y China. Mientras tanto ha aparecido un nuevo factor en la escena para dar pausa al Japón —un factor omitido de los cálculos de la Conferencia de Washington— una poderosa Rusia Soviética Militar. Aún más, como para balancear la situación, otra potencia ha vuelto a reaparecer, esta vez para ser usada por el Japón en alianza para compensar a Rusia, la Alemania nazi, y sin duda con artículos secretos adicionales y expansivos; e Italia acaba de juntarse a la combinación. En el año 1937 el Japón no quedaba aislado; al contrario. El lejano oriente, pues continúa siendo carne y hueso del poder político europeo, al cual la política del Asia está unida tan estrechamente como estos dos continentes están unidos territorialmente.

Aún cuando los Estados Unidos no han hecho más que cualquier otro gobierno para impedir el reconocimiento de la legalidad del paso del Japón en el Asia, los japoneses se inclinan a culpar a los Estados Unidos por su iniciativa en

descubrir las potencialidades de esta doctrina de sanciones aplicada al Japón. Ellos consideran que siempre que han dado un paso adelante en el Continente asiático, los Estados Unidos han tratado de detenerlos. En realidad, los Estados Unidos han hecho mucho menos para reprimir al Japón que las potencias imperialistas de Europa, que tienen posesiones y bases navales en China, y que por lo menos en una ocasión han intervenido para privarle al Japón de sus conquistas, pero esto ya es historia pasada en la película política del Oriente que se desarrolla rápidamente.

Tal era la relación de los Estados Unidos hacia el problema del Pacífico al final de la administración del Presidente Hoover en 1933. La aplicación de la Doctrina Stimson (realmente una Doctrina Panamericana) de no reconocimiento había aislado por un tiempo al Japón del resto del mundo tanto moral cuantitativamente. Fué una resurrección gratuita de la vieja política de Hay, que el Secretario Hughes había internacionalizado tan cuidadosamente en 1922. En 1933 las relaciones entre los Estados Unidos y el Japón estaban en una condición relativamente molesta puesto que el Japón tachaba a los Estados Unidos de impulsar a la Liga de Naciones aplicar esta Doctrina Panamericana, de penas jurídicas a sus agresiones. Inglaterra había evitado cooperar en cualquier forma con la iniciativa Norteamericana en 1932, esperando sin duda poder llegar, después de la conquista de Manchuria, a un arreglo práctico con el Japón que protegiese diplomáticamente los grandes intereses comerciales y financieros de Inglaterra en el resto de China. No obstante, el hecho de que la Liga se adhiriera a la Doctrina Panamericana de no reconocimiento le hizo imposible a la Gran Bretaña negar su adhesión a ese principio, junto con la Sociedad de las Naciones. Sin embargo, las relaciones anglo-japonesas quedaron en condiciones relativamente buenas. A ese entonces el Japón no conservó mala voluntad a la Gran Bretaña por la actitud de la Sociedad de las Naciones que atribuyó, justificada o injustificadamente, a los Estados Unidos.

Toda esperanza de la Gran Bretaña de conseguir un arreglo práctico con el Japón que dejara a salvo el prestigio británico y sus intereses preponderantes en China desaparecieron al dar el Japón su quinto paso adelante en su expansión sobre el continente asiático.

Aprovechándose de la paralización de Europa por la guerra de España, la cuestión del Mediterráneo y las disensiones internas en la Rusia soviética, el Japón emprendió la segunda guerra contra China en 1937, guerra de conquista encubierta bajo la fraseología de buena voluntad y amistad hacia una China delincuente. Los intereses británicos en Asia se verán ante la amenaza de sufrir grandes quebrantos si no es que con la extinción absoluta debido al reajuste económico y político que hará el ejército japonés sobre la carta geográfica del Asia Oriental.

La Gran Bretaña, seriamente involucrada en vitales cuestiones europeas y a la vez impreparada desde el punto de vista militar, deseaba una vez más en 1937 que los Estados Unidos asumiera la iniciativa en el sentido de ejercer presión diplomática, y aún más que diplomática, para refrenar al Japón. Ya para 1937 los Estados Unidos habían llegado a realizar que en el Lejano Oriente la política tradicional Hay de la Puerta Abierta y de la integridad de China ha beneficiado durante una generación más bien a los intereses británicos que a los norteamericanos. Se ha comprendido además, que desde el Tratado de las Nueve Potencias, celebrado en Washington en 1922, la política Hay había pasado de una tutela que era esencialmente norteamericana a una tutela internacional. En vez de que la responsabilidad correspondiente a dicha tutela descansase sólo sobre los Estados Unidos ahora se distribuye sobre la Gran Bretaña, Francia, Italia, el Japón, Los Países Bajos, Bélgica, Portugal y los Estados Unidos y desde 1922 se ha ampliado aún más debido a la adhesión de Dinamarca, Suecia, Noruega, México y (por extraño que parezca) Bolivia. Ahora ya no corresponde más a los Estados Unidos ni le interesa en grado mayor que a Francia, proteger a China contra la invasión japonesa en contra de los términos del Tratado de las Nueve Potencias, el Pacto de París y el de la Sociedad de las Naciones. Ya sea por impulso inicial de la Gran Bretaña o no, es seguro que la Sociedad de las Naciones, seguida inmediatamente después por los Estados Unidos, ha tachado de ilegales las agresiones del Japón en China y ha convocado a una conferencia en Bruselas de las Nueve Potencias de Washington incluyendo en la invitación a los que se adhirieron más tarde lo mismo que a Rusia y a Alemania, invitadas expresamente (Alemania se negó a aceptar) a fin

de resolver la crisis del Lejano Oriente. Es interesante notar que en las gestiones preliminares, tanto Inglaterra cuanto los Estados Unidos, han estado intentando que aparezca que es la otra nación la que ha tomado la iniciativa respecto a los pasos dados por la Conferencia.

La Conferencia de Bruselas de Noviembre y Diciembre, 1937, fracasó. Nuevamente condenó la agresión de Japón, pero no tan unánimemente y en términos más leves que la Asamblea de la Liga de las Naciones, y sin condenar a Japón en forma clara y específica por violar el Tratado de Washington de 1922 de las Nueve Potencias. Mientras tanto la resistencia heroica de la impreparada China está rápidamente deshaciéndose ante los ataques del moderno ejército japonés. El Imperio Manchú parece ser próximamente restaurado sobre toda la China, en esta ocasión con un protectorado exclusivamente japonés. Los japoneses tienen todos los motivos para estar satisfechos de la situación, y con la ayuda que su nuevo aliado, Italia, les ha proporcionado al debilitar los esfuerzos de la Conferencia de Bruselas.

El sorprendente éxito de los japoneses es sin duda alguna debido al hecho de que ninguna potencia, seguramente ni los Estados Unidos, desean ir a la guerra, tomando en cuenta todas las circunstancias, para proteger a China. Esta es también la razón del fracaso de todos los nobles planes para obtener la paz internacional, como el de la estructura de la Liga de las Naciones: ninguna potencia ni aún grupo de potencias desea hacer sacrificios para imponer la paz cuando sus intereses no son suficientemente afectados. Las potencias cuyos intereses se afectan principalmente en esta novísima agresión japonesa son Rusia y la Gran Bretaña. Ambas están refrenadas para tomar cualquiera acción, por los aliados europeos de Japón, Alemania e Italia. Consecuentemente Rusia e Inglaterra preferirían que los Estados Unidos se encargaran de resolver la situación para ellos. Pero los Estados Unidos, con menos intereses económicos y sin ningún interés territorial en Asia, no desean servir de policía a las potencias de Europa, ni mezclarse en las marañas de sus políticas.

Por lo que mira a los Estados Unidos, es lícito deducir, después de este examen de la política norteamericana en el Lejano Oriente, que la diplomacia americana durante la crisis actual se ha orientado gracias a la nueva valorización que

se ha hecho de la política Hay y de los verdaderos intereses, relativamente pequeños, de la República en el Lejano Oriente. Los Estados Unidos se ha bajado cuidadosamente desde el sitio del cochero para ocupar un puesto en una de las banquillas del ómnibus de la gran carretera del Lejano Oriente. Nadie aspira a ocupar el lugar del cochero, no vaya a resultar un blanco demasiado prominente para un salteador de diligencias que se presente sobre la carretera.

Los Estados Unidos han hecho cuanto más les ha sido posible por efectuar una limitación de los armamentos. Abandonaron el dominio del armamento naval en 1922. Dejaron la construcción naval a medias desde 1922 hasta 1930. Ejercieron presión con éxito por la limitación de otras categorías en 1930, en Londres. En vano apremiaron por la extensión de la proporción de los tratados en vigor lo que hubiera significado una extensión de las proporciones *de facto* que existían en Londres en 1936. Firmaron y ratificaron el ineficaz tratado naval de 1936, un gesto para invitar más limitación de armamentos, el cual ningún otro país había estado deseoso de ratificar. Con dos costas que proteger no le queda otra cosa que hacer a los Estados Unidos que reasumir sus armamentos navales.

Si los Estados Unidos hacen frente a la amenaza de la carrera en la construcción de armamentos navales construyendo una armada adecuada para defender sus costas y con ellas las costas del nuevo mundo, esto no significa que están ansiosos de entrar en las guerras del Asia o Europa. Nada es más repugnante a la población pacífica de la República del Norte. Sin embargo, significa si se hace así, que el pueblo de los Estados Unidos está determinado a mantener fuera del Nuevo Mundo el detestable, funesto poder político de los Continentes del Viejo Mundo—Asia tanto como Europa—y proteger a los Continentes del Nuevo Mundo como un puerto de refugio para la civilización occidental, un asilo para la libertad, la libertad tan amada por los corazones de todos y cada uno de los habitantes de estos continentes, desde el Estrecho de Magallanes hasta la Bahía de Hudson. Es un concepto de libertad que debería unir a toda la fraternidad del Nuevo Mundo, una fraternidad de paz con libertad, la significación vital del Canal de Panamá y de la armada norteamericana para la paz del Nuevo Mundo.